

cesante labor del tiempo y de la civilización, que nada respeta, y todo lo transforma.

Si es cierto que no sólo de pan el hombre vive, Alcalá puede estar orgullosa de sus monumentos. En ellos adquiere la historia algo así como encarnación y vida. Traen á la memoria recuerdos de lo que fué, absorben el espíritu en la contemplación de obras que descubren ideas, hechos, pensamientos, fórmulas, costumbres, todo lo que sirve para dar á conocer las diferentes generaciones que nos han precedido; reconstituir en nuestra imaginación los sucesos más culminantes de la historia patria, juzgar en conjunto y en detalle los progresos realizados hasta nuestros días, y comparar entre lo que fué y lo que es, no para maldecir del presente ni abominar del pasado, sino para elevar el alma á la meditación de los arcanos insondables de la Providencia, que por tan complicados modos conduce á la humanidad á la realización de sus misteriosos destinos.

Ya hemos hecho una ligera descripción de los monumentos religiosos que constituyen un preciado tesoro para los alcaláinos, no obstante la decadencia á que los ha sometido de consuno, el tiempo y los acontecimientos. Veamos ahora, muy á la ligera, también descritos los monumentos de carácter público, ó de incontestable antigüedad que existen en la patria de Cervantes.

Figura, en primer término, el edificio en que estableció el insigne Cardenal Cisneros

su famosa Universidad, rival de la no menos célebre de Salamanca, y cuya importancia no llegaron á oscurecer otros renombrados centros de enseñanza del extranjero.

Dieron comienzo las obras de este edificio en el mes de Marzo de 1498, en que se colocó la primera piedra por el Cardenal fundador; el cual encargó su construcción al arquitecto D. Pedro Gumiel, cuyo nombre dió Alcalá á una de sus calles más céntricas. La fachada principal, de fecha muy posterior al resto del edificio, fué dirigida por el maestro de obras de la catedral de Salamanca, Rodrigo Gil de Hontañón, vecino de Rascafría, en el valle de Lozoya, terminándose dicha fachada en Mayo de 1553.

Esta es de piedra de Colmenar, de tres cuerpos de altura; y aunque su estilo no corresponde con toda exactitud al del Renacimiento, pues se observan varios á la vez, el carácter de la obra es original, majestuoso y sencillo en el conjunto, y no escaso de gracia en los detalles.

La puerta principal da entrada á un espacioso vestíbulo desde el que se pasa al primer patio, rodeado de claustros, formados por arcos, á cuyos lados se ven hasta 96 columnas de orden dórico, siendo las del tercer plano de orden jónico. La arquitectura de este soberbio patio fué dirigida en 1662 por D. José Sopeña.

El segundo patio, llamado de los *Filósofos*, ofrece igualmente, arcos sostenidos por co-

lumnas de orden compuesto. Por cierto que este patio, al que no han alcanzado las obras de reparación que se han ejecutado en otras partes del edificio, se halla bastante deteriorado.

El tercero, designado con el nombre de patio *Trilingüe*, porque á él correspondían las clases de idiomas, es obra de Pedro Coterá, y, como los otros dos, está rodeado de columnas de orden dórico. Este patio sirve de tránsito al *Paraninfo*, local el más espacioso de todo el colegio, y á cuyo adorno concurrieron los mejores artistas del siglo XVI. A pesar de los deterioros causados por el tiempo y por el abandono, aún puede apreciarse el mérito de su magnífico artesonado.

Sobre los guardapolvos de las ventanas del piso bajo se ven cuatro medallones, representando los cuatro Doctores máximos de la Iglesia, admirablemente tallados. En el piso principal hay tres balcones centrales, y cuatro ventanas con frontispicios semicirculares, graciosos y elegantes, campeando en ellos el estilo plateresco.

El segundo cuerpo está formado por una galería sostenida por pequeñas columnas estriadas, y sobre la cual hay una hermosa balaustrada con riquísima crestería, terminada en góticas agujas.

Además de estos patios, se cuentan en este edificio hasta trece, todos ellos menos notables que los descritos, aunque lo bastante

para merecer una reseña, que haríamos de buen grado si nos lo permitiese el espacio que podemos consagrar á estas descripciones.

La Iglesia y el Colegio Mayor de San Ildefonso, anexos á esta Universidad, son igualmente notables. La portada de la iglesia, muy sencilla, pero de buen gusto, ofrece, sobre todo la entrada, un magnífico relieve, que figura á San Ildefonso recibiendo de la Virgen la celestial casulla. Tanto este relieve como los escudos laterales del Cardenal, son obras muy estimables, y, partiendo de aquí, se eleva la torre, cuyas campanas se construyeron con el metal de los cañones tomados á los moros en la expedición á Orán, emprendida bajo la dirección del cardenal Cisneros. Dichas campanas, por causas que desconocemos, se encuentran utilizadas en algunas iglesias de Aragón.

El interior del templo se halla formado por una espaciosa nave, en la que campea el estilo plateresco, con hermosos arcos de estilo gótico, y un techo que, aunque muy mutilado, conserva todavía vestigios de su primitiva belleza artística. En esta nave, y separado por una verja que ya no existe, estuvo depositado el sepulcro del cardenal Cisneros, por los años de 1520 á 1850, en cuya última fecha fué trasladado definitivamente al sitio que hoy ocupa en la Iglesia Magistral.

Nada de particular ofrecen los altares de esta iglesia. Cerca del púlpito se encuentra

el sepulcro del divino Vallés, médico famoso de Felipe II y una de las glorias más legítimas de la Medicina española. El sepulcro ostenta una hermosa lápida, y sobre ésta la siguiente dedicatoria:

*A la memoria del insigne doctor
D. Francisco Vallés,
la Real Academia de Medicina de Madrid.
Año 1863.*

Otros sepulcros notables contiene esta iglesia: el del médico Cartagena y su esposa; el de Pedro Gumiel, célebre arquitecto, director de las obras de la Universidad; el de Sopena, arquitecto también y distinguido director de las obras de uno de los patios de la misma; y el de otros no menos célebres personajes, habiendo desaparecido las figuras y lápidas de Nebrija, Diego López, Juan de Vergara y otros muchos ilustres profesores de la Universidad complutense, como asimismo han desaparecido un altar gótico, varias tablas y pinturas de mucho mérito, y otros objetos artísticos de inestimable valor.

Compréndese perfectamente esto si se tiene en cuenta que la celebrada obra del ilustre cardenal Cisneros pasó por muchas y muy amargas vicisitudes, desde que en 1836 se dictó la Real orden que disponía se trasladase á Madrid la Universidad de Alcalá.

Desde dicho año hasta el de 1846, en que fué adquirida en subasta pública por D. Joa-

quín Alcover, los claustros fueron invadidos por el pueblo, y sus aulas convertidas en habitaciones. ¡La Universidad complutense, aquel famoso templo del saber, convertido en casa de vecindad!

El edificio fué objeto, posteriormente, de varios traspasos, hasta que, avergonzados los alcaláinos de ver á la que fué histórica Universidad tratada como el más miserable solar, y temerosos sin duda de que desapareciese para siempre, decidieron que la adquiriese el pueblo, formalizándose la escritura de compra el 12 de Enero de 1851, mediante el precio de 22.500 pesetas. Posteriormente fué cedida á los padres Escolapios, que, como hemos dicho, fundaron en ella un colegio de primera y segunda enseñanza.

Después de la Universidad, sigue en importancia, entre los edificios notables de *Compluto*, el célebre

Palacio arzobispal, convertido hoy en Archivo general de la nación. Alzase este hermoso é histórico edificio, que fué durante muchos siglos mansión de los arzobispos de Toledo, en la llamada plaza de Palacio, pequeña, pero bien cuidada.

Colocóse la primera piedra de este soberbio edificio en 1209, por el arzobispo D. Rodrigo Jiménez; pero fué restaurado y fortificado en tiempos del arzobispo D. Pedro Tenorio, al finalizar el siglo XV, no quedando de la primera construcción sino dos magníficos ajimeces, de puro estilo gó-

tico, en la planta baja del segundo patio.

El mencionado Arzobispo reconstruyó el muro de cantería, defendiéndolo con torres y baluartes. Continuaron los Arzobispos que sucedieron á D. Pedro Tenorio la obra de mejoras y embellecimiento, resultando de aquí la variedad de estilo que se observa en su ornamentación.

Necesitándose un local á propósito para establecer el *Archivo general del reino*, creado por decreto de 1858, por resultar insuficiente el histórico de Simancas, el Gobierno hubo de fijarse en el palacio arzobispal de Alcalá de Henares; y convencido de sus admirables condiciones para el objeto, propuso al arzobispo de Toledo la cesión de una parte del edificio para establecer el mencionado Archivo, obligándose á restaurar la parte deteriorada de él.

Concedido el permiso el 2 de Marzo de 1859, se otorgó escritura de donación usufructuaria ante el Notario de Madrid D. Ildefonso Salaya, representando al Gobierno el excelentísimo Sr. D. Modesto Lafuente, director de la Escuela Diplomática, y al Prelado el Vicario general del Arzobispado, D. Javier Montoto y Vigil.

No obstante lo limitado de la donación, el Estado ha ido extendiendo la ocupación del edificio á todas las dependencias reservadas, no quedando libres del antiguo palacio más que el jardín y los departamentos que ocupa la Vicaría eclesiástica.

Da ingreso al primer patio una hermosa y artística reja de hierro fundido, y una vez dentro, se presentan á la vista del visitante tres grandiosas fachadas; la del frente, antiqüísima y única de las tres que está terminada, es una maravilla de arte arquitectónico por la elegante sencillez de las ventanas del piso bajo, que hacen resaltar más las bellas y majestuosas líneas de la galería del tercero; la profusión y magnificencia de los calados, adornos y escudos, especialmente las cabezas en relieve colocadas sobre los guardapolvos, y, en fin, por otros infinitos detalles que constituyen un conjunto soberbio, que impresiona extraordinariamente.

La fachada de la derecha, que forma ángulo con la que dejamos ligeramente descrita, ha sido restaurada en 1880. Tiene el estilo mudéjar, y figura un gran lienzo con una línea de salas en un piso coronado por amplia azotea, que adorna una balaustrada ojival. Flanquea el ángulo izquierdo de esta fachada un soberbio torreón que conserva intactos todas las almenas, ajimeces, matacanes y saeteras, y que, por consiguiente, le dan el aspecto de una antigua fortaleza, tal como existían en aquella época remota.

La muralla y otros torreones que constituían la defensa de este palacio-fortaleza, se encuentran en lamentable deterioro.

El segundo patio está cerrado en claustros de hermosas columnas y capiteles de la escuela de Berruguete. A la entrada se ve

una escalera de 20 anchos escalones de una sola pieza, de ornamentación profusa y de una belleza admirable. En el interior de dicho patio hay un jardín cuya fachada ostenta 25 columnas, una huerta rodeada con 24 arcos y 82 columnas, atribuyéndose su construcción á los insignes maestros Berruete y Covarrubias, por encargo del arzobispo Fonseca.

Una de las más notables piezas de este grandioso edificio es, sin duda, el salón llamado de Concilios, porque se cree que en él se celebraron los últimos Concilios Complutenses, así como las Cortes de 1348, en que se publicaron la ley de las Siete Partidas y el Ordenamiento de Alcalá.

Este salón, de dimensiones extraordinarias, se halla precedido por cinco salas y un antosalón recientemente restaurado: en ellos abundan los ricos artesonados. En los frisos, delicadamente esculpidos, se ven retratos de los arzobispos Tavera y Fonseca.

Sólo la descripción del salón de Concilios necesitaría un grueso volumen. Difícilmente se encontrará en España ni fuera de ella nada que se le iguale, y eso que la mano del tiempo y las injurias de los hombres, más terrible algunas veces, han dejado deteriorar muchas de sus magnificencias.

No obstante, desde que se estableció el Archivo, todos los ministros de Fomento han venido esforzándose por llevar á cabo las mayores reformas, y es de desear que

llegue el día en que, completamente restaurado este salón y el resto de las dependencias de este hermoso edificio, puede España enorgullecerse de poseer una de las maravillas del arte antiguo, más dignas de la admiración general.

A la entrada del salón, y sobre el arco de la misma, se ven artísticos calados, muy semejantes á los de la Alhambra de Granada. Lllaman desde luego la atención los hermosos frisos de estilo árabe; del gusto persa es el alfarje, y riquísimas sus arquerías con atauriques.

En el centro del techo se ve empotrado un precioso escudo de D. Juan I de Castilla, que ostenta en un lado las armas de Castilla y de León, y en la otra las quinas de Portugal.

En la planta baja, correspondiendo con el salón de Concilios, está el llamado de Isabel la Católica; sigue á este el de San Diego, titulado así por hallarse en él la estantería destinada al convento de este nombre, y cuya pieza ostenta un techo nuevo con hermosos lucernarios, de estilo mudéjar y del Renacimiento. En él se ven, alternando con sus artísticos adornos, los escudos del cardinal Cisneros.

En uno de los torreones se encuentra la antigua Capilla arzobispal, hoy *Salón del Oratorio*, de hermosas pinturas murales, completa é ignominiosamente mutiladas.

Ya hemos dicho que este precioso edificio

se halla, en su mayor parte, dedicado á *Archivo general del Reino*. En efecto, en uno de los entrepaños de la soberbia escalera se ve una lápida con la siguiente inscripción:

*Reinando Isabel II,
fué instituido este Archivo General Central,
por Real decreto de 17 de Junio de 1851,
siendo ministro de Fomento el marqués de
Corvera, cuyo sucesor, el marqués de la Vega
de Armijo, dió, en 1864, mayor amplitud al
establecimiento.*

—

*En el Reinado de Alfonso XII,
ocupando el Ministerio de Fomento el conde
de Toreno, en los años 1876, 1877 y 1878,
lleváronse á cabo nuevas y costosas obras de
restauración, ornato y engrandecimiento, para
honra nacional y pública utilidad.*

Ocupa el Archivo 49 espaciosas salas, con ricas estanterías de pino de Balsain, barnizadas convenientemente, que contienen seis millones de legajos.

Estos se encuentran clasificados en dos secciones. A la primera corresponden los documentos referentes á la Inquisición, que se hallan principalmente en el salón de San Diego; los libros y papeles de la antigua Cámara de Castilla; los de los alcaldes de Casa y Corte, hasta principios del presente siglo; una colección de autógrafos de Monarcas y Príncipes españoles; las Consti-

tuciones originales de la Universidad complutense; el expediente de canonización de San Diego; varios libros referentes á los colegios más importantes de Alcalá; las abdicaciones originales de Felipe V y de su esposa la reina doña Isabel, y otros muchos documentos de gran valor histórico.

La segunda sección, ó sea la administrativa, es más reducida y alcanza menos antigüedad, toda vez que no excede del año de 1859. Contiene expedientes terminados de los Ministerios, una valiosa y notable colección de pesas, medidas y monedas antiguas correspondientes á todas las provincias de España, y otra del sistema métrico decimal.

Las salas del archivo están embaldosadas con fino baldosín de Ariza; contrastando su riqueza y suntuosidad con la pobreza de los locales en que se halla instalada la Vicaría general eclesiástica, que ocupa cinco habitaciones del palacio.

En edificios particulares hay algunos de mucho valor por su antigüedad. Figuran entre éstos la que fué casa de Cervantes, hoy propiedad de los sucesores de D. Mariano Gallo, en cuya puerta se conserva un lienzo que da á la calle del inmortal escritor, y en su centro existe una lápida con esta inscripción:

Aquí nació Miguel de Cervantes Saavedra, autor del Quijote. Por su nombre y por su ingenio, pertenece al mundo civilizado. Por su cuna, á Alcalá de Henares.—1851.

En la calle de Santiago, núm. 14, se ve la casa en que vivió el célebre médico Valles, según reza una lápida, bastante bien conservada, colocada en la fachada, que dice así:

En esta casa, de su propiedad, vivió el insigne Doctor y Catedrático D. Francisco Valles de Covarrubias, llamado por sus contemporáneos el Divino; y el Hipócrates español por las generaciones que le siguieron.

La Real Academia de Medicina de Madrid le dedica este recuerdo.—Año 1863.

Otra casa notable por su antigüedad es la de los Lizanas, situada en la calle de la Victoria, núm. 4, en la que fundó en 1607 el antiguo colegio de Santa Justa y Rufina don Lucas González, racionero de la Magistral. Aunque ha sufrido esta casa grandes transformaciones, conserva todavía su hermosa portada, estilo del Renacimiento, uno de los más bellos ejemplares de este género de arquitectura que se conservan en Alcalá.

El hotel Laredo, situado en el paseo y calle de la Estación, es un edificio de construcción moderna, estilo mudéjar, de amplia fachada y esbelta torre, con un mirador árabe, ofreciendo un conjunto bellísimo.

Pero lo más notable de este hotel son las antigüedades que contiene, y entre las que merecen mencionarse una columna de pórfido, de la que fué prisión de Estado en Santorcaz, colocada en el ángulo del torreón del

minarete; el artesonado de una de las salas, formado por un hermoso ejemplar de alfarería árabe, procedente de Guadalajara; el cupulín, que fué propiedad de los condes de Tendilla, la estancia del primer piso del torreón magníficamente decorada y artesonada con exquisito gusto; y, en fin, otra porción de objetos de inmenso valor artístico é histórico que hablan muy alto en favor de la ilustración y cultura de los dueños del hotel.

Para terminar esta parte, dedicada á los monumentos de la antigua *Compluto*, digamos algo de las dos estatuas que adornan la población, la de Cervantes y la del célebre guerrillero D. Juan Martín (*El Empecinado*).

Elévase la primera, como ya hemos dicho, en el centro de la bonita Plaza Mayor, inaugurada el 9 de Octubre de 1878, celebrándose con este motivo solemnes fiestas en honor del inmortal autor del *Quijote*.

El pedestal es de estilo greco-romano, de forma octógona, con una altura de 4,65 metros. Es de piedra berroqueña de Monóvar.

La estatua es de bronce, de cuerpo entero, y fué fundida en Florencia, resultando un trabajo artístico de mucho mérito. La figura de Cervantes aparece en actitud noble y sencilla. La mano derecha ostenta una pluma, y en la izquierda, recogida á la altura del puño de la espada, un rollo de papel.

Fué el director de las obras de erección de esta estatua D. Juan Urquijo, intervinien-

do además D. Manuel Laredo, D. Carlos Nicoli, distinguido marmolista, y el maestro cantero D. Pablo del Valle.

La estatua de *El Empecinado*, elevada en la Plaza de la Merced, fué primitivamente de hierro; pero en Julio de 1881 se reemplazó por otra de bronce, de mejor gusto artístico que la anterior. Es un busto del insigne guerrillero sobre una columna honorífica, recuerdo consagrado por el pueblo de Alcalá al incansable defensor de la independencia, de la patria que el 22 de Mayo de 1813, al frente de 1.200 hombres mal armados, se opuso á la entrada en Alcalá de una división francesa compuesta de 3.000 infantes, 400 caballos y dos piezas de artillería, logrando, después de heroica lucha, hacerla abandonar su propósito de hollar con su presencia la patria de Cervantes.

Como se ve por la ligera reseña que dejamos hecha, la ciudad de Alcalá de Henares es poseedora de una gran riqueza en monumentos artísticos é históricos. No obstante el abandono en que se la ha tenido durante los últimos años del pasado siglo y parte del presente, aún conserva esplendorosos restos de su pasada grandeza, suficientes para merecer ocupar un puesto distinguido entre las poblaciones más célebres de España.



HIJOS CÉLEBRES DE ALCALÁ

YA hemos indicado que *Compluto*, no sólo es rica en antigüedades, sino también en glorias, debidas á sus ilustres hijos.

Cuéntalos por centenares: unos que se han hecho célebres en la defensa de la fe, pagando con su generosa sangre su amor á la idea cristiana; otros que han ilustrado su nombre con el brillo de su saber profundo; y así en las ciencias, como en las artes, como en la guerra, figuran hijos distinguidos de Alcalá, orgullo de su patria y admiración de las generaciones que se han sucedido.

Entre los defensores de la fe, se señalan: San Félix, monje, natural de Alcalá, que residió en Córdoba, donde sufrió el martirio, por el año 852, bajo el poder del califa Mahomed, hijo de Abderramán.

Las cenizas de este santo varón, reclama-

das con insistencia por Alcalá, llegaron á la ciudad complutense el 29 de Diciembre de 1606, haciendo su entrada triunfal el 9 de Enero de 1607, trasladándose por fin á la iglesia Magistral, donde se veneran sus cenizas.

San Félix apareció en el reinado de Abderaman, figurando en la comunidad de un convento de religiosos de la orden de San Benito, erigido en Córdoba bajo la advocación de los Santos Justo y Pastor.

Por aquel tiempo, no obstante la relativa tolerancia de los califas de Córdoba, hubo de darse el martirio á varios cristianos, entre ellos Faudila y San Atanasio, y en su vista, San Félix sintió enardecerse su celo por la causa de la Religión, señalándose por sus predicaciones.

Irritados los moros, no pararon hasta conseguir fuese decapitado el año 853. Después de muerto, fué su cuerpo colocado en un palo sostenido por clavos; pero este martirio despertó en los cristianos tal veneración hacia San Félix, que, temeroso el califa de que pudiera desaparecer, le mandó echar en una gran hoguera, ordenando que las cenizas y restos del mártir fuesen arrojados al río. La tradición dice que la mayor parte de los huesos fueron respetados por el fuego, viéndose en los restos que guarda Alcalá con religioso fervor las señales del voraz elemento.

Arrojados al Guadalquivir, sobrenadaron, y los cristianos que presenciaron el hecho se

apresuraron á recogerlos, así como una parte del hábito del Santo.

Antes que San Félix, sufrieron en Alcalá el martirio los santos niños Justo y Pastor, hijos de la antigua *Compluto*.

Ya hemos visto que la piedad de los alcaláinos elevó primero una capilla y luego un suntuoso templo para guardar los restos de los Niños mártires. Veamos ahora, muy á la ligera expuestos, los detalles de este martirio.

Hacia el año 296 de nuestra Era, impetando en Roma el emperador Diocleciano, llegó á Alcalá Publio Daciano, que, después de haber sembrado de mártires el suelo de Cataluña y Aragón, se dirigía á Toledo, dispuesto á ejercer allí su terrible misión de perseguir á los cristianos.

Al día siguiente de su llegada á *Compluto* publicó un edicto mandando comparecer á los cristianos, que, aterrorizados, huyeron á refugiarse en las sinuosidades del Tarac.

En medio de este espanto, dos tiernos niños abandonan la escuela, se dirigen á la residencia de Daciano, é intentan en vano penetrar en ella, gritando que eran cristianos, y en esa fe estaban dispuestos á morir.

Entérase aquél, y no atreviéndose á dar muerte á los niños, temeroso del ejemplo que su entusiasmo por la fe pudiera dar á los cristianos, dispuso que secretamente fueran azotados en el interior del palacio. Los verdugos lo hicieron cruelmente; pero el furor de éstos no tuvo límites cuando oyeron á

Justo, el menor de los hermanos, que, despreciando los dolores, animaba á Pastor á sufrir el tormento, mostrándole la gloria de morir en defensa de la doctrina de Jesucristo.

En vista de este heroísmo, el feroz Daciano dispuso que los niños fuesen decapitados. Condúcenlos fuera de la ciudad, y allí, en el sitio que se conoce con el nombre de *Campo loable*, los hacen arrodillar sobre dura piedra, que tiñeron con su inocente sangre, separándoles la cabeza del tronco con inaudita ferocidad. El martirio de estos niños tuvo lugar, según unos, el año 296, y según otros, el 6 de Agosto del 306.

Muchos errores se han cometido por algunos historiadores en lo que respecta al verdadero lugar del nacimiento de hombres insignes, que consideran hijos de Alcalá no siéndolo; errores que se justifican por el hecho de haber vivido muchos años en la ciudad y dándose allí á conocer por sus obras.

Realmente, pueden considerarse como hijos de un pueblo los que han pasado en él lo mejor de su vida, y han contribuído á su gloria con sus trabajos y sus obras meritísimas. Salmerón y Lainez, continuadores de la obra de San Ignacio de Loyola; Vallés, el que llamaron *divino* sus contemporáneos, y la ciencia médica coloca á la altura de Hipócrates; Nebrija, el celebrado autor de la Gramática de su nombre, y otros ilustres profesores de la sapiente Universidad de Alcalá, dejaron en esta población destello tan

brillantes de su permanencia en ella, que no es extraño que los alcaláinos los cuenten en el número de sus compatriotas.

Aparte de esto, Alcalá ha visto nacer á hombres de verdadero talento, aunque aparezcan un tanto oscurecidos por ese astro esplendoroso de las letras patrias que se llama Cervantes.

Entre éstos puede contarse á Pedro Gumiel, de cuyo mérito dan testimonio las obras de la Universidad, confiadas á su dirección. Alcalá de Henares ha honrado la memoria de este hijo ilustre, dando su nombre á la calle que desde la Plaza conduce á su más preciada obra; y no hay en la población quien no se crea orgulloso de contarse en el número de aquellos que tan alto pusieron el nombre de Alcalá.

Durante mucho tiempo, y aun en nuestros días, se ha disputado á Alcalá la mayor de sus glorias: la de haber sido cuna de Cervantes, ese peregrino ingenio cuyo nombre llena el mundo, constituyendo nuestro más legítimo orgullo.

No entra en las condiciones de nuestra obra demostrar cuán grande error padecían los que negaban á Alcalá el título de patria de Cervantes. Es este ya un punto perfectamente dilucidado, y no hay para qué entretenerse en añadir una opinión tan humilde como la nuestra á las muchas y muy valiosas que han probado hasta la evidencia que fué *Compluto* la patria del autor del *Quijote*.

Imposible nos sería añadir un solo dato nuevo á la historia del escritor inmortal. Cervantes ha sido juzgado, no ya sólo como escritor, sino como soldado; llegando el afán de biografíar en algunos hasta el punto extremo de hablarnos de Cervantes, pintándole bajo los más diferentes y opuestos conceptos.

No es necesario tanto. La angustiosa y accidentada vida del Manco de Lepanto da de sí lo bastante para que los biógrafos puedan despacharse á su gusto, escogiendo entre los varios hechos de esa vida aquellos que mejor les convenga. Por nuestra parte, sólo hemos de limitarnos á ligerísimos apuntes.

Y Cervantes, como todos los desheredados de la suerte, tuvo que empeñar larga y penosa lucha por la existencia. De humilde origen, empezó la serie de sus tormentos sirviendo de camarero. La vida militar le atrajo luego. Dedicándose á ella, en 1570, en Lepanto, y de resultas de una herida que recibió en aquella memorable batalla naval, quedó manco de una mano.

Cautivo en Argel, fué rescatado por 509 escudos de oro, regresando á España y tomando parte en la guerra con Portugal.

Durante los escasos ocios que podía tener en esta campaña, se dedicaba á trabajos literarios.

En 1584 publicó *Galatea*, *Numancia*, *La batalla naval*, *La Gran Turquesa*, *Tratos de Argel*, *La Jerusalén*, *La Amaranto ó la del*

Mayo, *El bosque amoroso*, *La única y bizarra Arsinda*, *La Toledana*, etc., obras dramáticas que se representaron en Madrid en 1585.

En 1588 se le ve de comisario del proveedor en Sevilla, no siendo éste el único destino administrativo que desempeñó.

En 1605 se encontraba preso en Argamassilla de Alba, sin que haya completo acuerdo acerca de las causas que motivaron esta prisión. Sea por deudas, como dicen unos, sea por causas políticas, como afirman otros, lo cierto es que se encontraba preso, y que en las soledades de esta prisión concibió y escribió su obra inmortal *El Quijote*, impresa en Madrid en 1605 y dedicada al duque de Béjar.

En 1612 publicó sus novelas *El curioso impertinente*, *El Capitán cautivo*, *Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño*, *La tía fingida*, *El licenciado Vidriera*, *La fuerza de la sangre*, *La española inglesa*, *La gitanilla* y *El amante liberal*.

Cervantes, como casi todos los hombres verdaderamente grandes por su talento, murió pobre, enfermo y desdichado. El mérito de sus obras, la extensión de su genio, su valer literario, no fueron reconocidos y proclamados hasta después de su muerte.

La inmortalidad le ha abierto de par en par sus puertas. Allí tiene su asiento el que nacido en la oscuridad; rodeado, desde su cuna, de privaciones y miseria, supo, con sólo la fuerza de su genio, elevarse hasta una altura á la que no ha sido dado llegar á

ninguno de los que le han sucedido en el mundo literario.

Se ha pretendido aquilatar el mérito de las obras de Cervantes, alguna de las cuales no carece de faltas; se ha procurado ejercer, con relación al *Quijote*, una crítica apasionada, dirigida á atenuar su mérito literario y filosófico; pero la obra eminente del prisionero de Argamasilla ha salido ilesa, figurando, como debe figurar, á la cabeza de todas las que entonces, y aun después, ha producido el genio de los hombres de letras.

¿Cómo extrañar que los alcaláinos se muestren orgullosos de contar entre sus preclaros hijos al que tal maravilla realizó? ¿Cómo no alabar sus esfuerzos y su diligencia en honrar al que tanta honra dió á su patria?

Sería tarea larga si hubiésemos de indicar los nombres de hijos de Alcalá que, en escala más modesta, han sabido distinguirse y figurar entre los predilectos de la ciudad que baña el Henares. Basta con lo expuesto, á nuestro juicio, porque, como repetidas veces hemos dicho, no nos hemos propuesto escribir una historia general de la antigua *Complutum*, sino ofrecer en forma sencilla un compendio de los hechos y vicisitudes más salientes, como medio de iniciar á unos en el conocimiento de esa misma historia, y estimular á otros para que, inspirándose en las enseñanzas del pasado, aprendan en él la manera de preparar un brillante porvenir.

Indudablemente, este porvenir no se logrará por los mismos medios, que no en vano pasa el tiempo y cambian las ideas al soplo vivificador del progreso humano; pero lógrese como se quiera, no por eso será menos fecundo y provechoso.

No habrá en Alcalá arquitectos como Pedro Gumiel, que levanten templos suntuosos, donde las artes del Renacimiento se exhiban con todo su brillo y majestad; ni palacios arzobispales, mitad fortaleza y mitad mansión señorial, en los que se refugiaban los Prelados, unas veces para resistir por todos los medios que aconsejaba el arte de la guerra, otras para dominar con todos los elementos del poder más absoluto, ofreciéndose el caso de esos Obispos, representantes de un Dios de paz y mansedumbre, dirigiendo ejércitos y ordenando escenas de muerte y exterminio.

Pero podrá haber, en cambio, templos sencillos, consagrados al culto de una Religión de fraternidad y de amor, levantados por artistas inteligentes, y decorados con el gusto propio de nuestras modernas construcciones; y en vez de esos palacios inmensos, construídos para albergar la soberbia de un poderoso magnate, se levantarán fábricas y talleres, templos augustos del trabajo; escuelas y academias, templos no menos grandes, donde se rinde culto al saber y á la cultura del pueblo.

Alcalá no perderá seguramente en el cam-

bio. Fuera de esa gloria sin par, que vivirá tanto como viva el idioma patrio; fuera de Cervantes, bien puede dar la ciudad del Henares en los mil ramos de la sabiduría y de actividad humanas, hijos ilustres cuyas glorias oscurezcan las de sus antepasados.

Las pesadas corazas; las fuertes cotas de malla; las terribles armas de la guerra antigua, bien pueden cambiarse por el arado y las máquinas agrícolas, del mismo modo que pueden cambiarse por los ingenieros y arquitectos, á cuya inteligencia se deben las modernas construcciones industriales; los artífices autores de esas obras maravillosas del arte antiguo que, en su mayor parte, estaban consagradas á la glorificación de los grandes y de los poderosos de la tierra.

Tal vez se nos tache de materialistas; pero hemos de confesar, rindiendo el debido tributo á la verdad, que, en presencia de los almenados torreones del palacio arzobispal de Alcalá, sentimos á la par admiración y terror: admiración á los artistas que derramaron tesoros de inteligencia y de buen gusto en el adorno de sus patios y salones; terror, al considerar cuán grande era el poder de los tiranos, y cuánta la miseria y la abyección de los pueblos; mientras que en presencia de esos inmensos edificios industriales, con sus altas chimeneas, que parecen gigantes en actitud de desafiar á las nubes, enviándoles su aliento de fuego, sentimos alegría infinita, hija de las consideraciones

que se despiertan en nuestro ánimo al pensar en las maravillas del trabajo libre, que eleva y dignifica al hombre, tanto como el vasallaje y la servidumbre le envilecía y le degradaba.





CARÁCTER, USOS Y COSTUMBRES

DIFIEREN mucho las costumbres del pueblo de Alcalá de las de otras poblaciones de su categoría. Es, sin duda alguna, de todas las de la provincia de Madrid, la que más se aproxima á la capital en todos conceptos, y muy especialmente como veremos más adelante, por la ilustración y cultura de sus hijos.

El carácter de éstos es dulce y apacible; serios en su conversación y trato; parcós en sus costumbres; sobrios y amantes del trabajo.

Pacíficos por temperamento, han vivido siempre alejados de las luchas civiles, no obstante su proximidad á la capital, foco de la política; y aunque amantes del progreso y de la libertad, no han llevado jamás su entusiasmo hasta caer en la licencia.

Religiosos sin llegar al fanatismo; respirando ese ambiente sano y vivificador de una tradición gloriosa, los alcalaiños no desde-

ñan ninguna de las conquistas de la civilización, pero procuran amoldarlas á sus creencias, y á sus inclinaciones, sintiendo especial amor por todo lo que pueda contribuir al progreso material de su querida población.

De compleción robusta, de estatura más bien alta que baja, son aficionados á los ejercicios corporales, tanto como refractarios á ciertos vicios muy extendidos entre los habitantes de otras poblaciones.

El trato con los forasteros ha contribuído mucho á dulcificar las costumbres del pueblo alcalaíno, y su facilidad de comunicaciones ha aumentado las inclinaciones de la clase media á adoptar las modas y usos más corrientes en la capital.

La circunstancia de residir en Alcalá una guarnición numerosa, no sólo facilita los medios de desarrollar la industria y el comercio, sino también el trato social. Las calles y paseos de Alcalá, en un día festivo, sorprenden á los que creían encontrar una población atrasada, como, por desgracia, lo están la mayor parte. Lejos de eso, en el porte del vecindario, en el lujo y propiedad en el vestir, en su aspecto todo, se revela la existencia de una población de la que mucho pudieran aprender otras de más importancia en el orden administrativo.

Así y todo, no es poco lo que de menos se echa en Alcalá. Una gran parte de su existencia, tiene algo de prestada, de inestable. Sus elementos propios no bastarían, en estos

momentos, para alejar de ella la penuria y el abatimiento que en general dominan, y que tanta influencia tienen sobre los habitantes de un pueblo.

En Alcalá se nota, en ciertos rasgos, exuberancia de vida oficial. La industria y la agricultura entran por poco en su actual modo de ser, y esto hace que la población se resienta un tanto de falta de originalidad.

Porque es un hecho constantemente advertido que cuando el trabajo abunda y la industria y la agricultura florecen, y el porvenir se fía, no á influencias más ó menos extrañas, sino á la propia virtualidad del trabajo, las costumbres se vigorizan; los usos se modifican y por doquiera impera el sello característico de la población de un modo inequívoco y permanente.

Si á sus glorias de antaño unir pudiera Alcalá otras del presente; si las bellas cualidades de los alcaláinos tuviesen aplicación á un trabajo abundante y seguro, ¡cuán distinto aparecería en sus usos y costumbres!

Así y todo, no hemos de cansarnos en repetirlo: el pueblo de Alcalá puede considerarse como digno de su antigua grandeza, por sus modales sencillos y afables, por la sobriedad de sus costumbres y por su afición á instruirse y moralizarse.

¡Ojalá que estas costumbres no degeneren nunca, y, ya que no progresos en ellas, al menos se conserven intactas las cualidades

que hoy adornan á los hijos de la antigua *Compluto*.

Porque no hay que olvidar que en estos tiempos, no obstante sus defectos, se tienen en mucho esas virtudes que adornan á los hijos de Alcalá. La corrupción de las costumbres no es tal que impida conocer y apreciar las ventajas de la s6briedad y del amor al trabajo, y ya hemos visto que estas cualidades las poseen los alcaláinos en alto grado.

En la incesante labor del progreso, llegará el turno de desaparecer á esta corrupción de nuestros tiempos, y entonces tendrán mucho adelantado, para su bienestar, los pueblos que hayan sabido conservar costumbres puras y usos morigerados y prudentes.





CULTURA GENERAL

HEMOS dicho que Alcalá de Henares es, entre todas las capitales de partido de la provincia de Madrid, la que más se asemeja á la capital, y no tenemos que arrepentirnos de haber hecho esta afirmación.

No es, por otra parte, de extrañar esta semejanza, que está justificada por infinitas razones, muchas de las cuales se relacionan con el pasado ilustre de la ciudad complutense; pues así en los pueblos como en las familias, influyen mucho los antecedentes y la historia; y así como en las familias de aristocrático abolengo se conserva, aun en la mayor desgracia y miseria, ese aire particular que acusa un elevado origen, del mismo modo en los pueblos que han figurado de algún modo brillante en la Historia, conservan siempre, aun en medio de las más

raras vicisitudes, un sello de distinción y de grandeza que los hace respetables.

Existe, además, una causa permanente de ilustración y de cultura en poblaciones como Alcalá, que no puede menos de manifestarse á cada paso, y quizá de una manera inconsciente: nos referimos á sus monumentos.

Un ilustre escritor ha dicho, y sus frases han pasado, por lo repetidas, á la categoría de vulgares, que una de las más seguras manifestaciones de la cultura de un pueblo, es el culto que rinde á la memoria de sus grandes hombres, y, por consiguiente, habrá tanta mayor ilustración, cuanto más numeroso y más brillante se manifieste este culto.

Así es, en efecto. Allí donde abundan las estatuas, elevadas á la memoria de los grandes hombres; donde cada ciudadano ilustre tiene un monumento consagrado por el pueblo para honrarle y enaltecerle; allí, en fin, donde por medio del mármol ó del bronce, se perpetúa el recuerdo de los que han dado á su patria días de gloria y de ventura, bien puede asegurarse que existe un pueblo honrado, culto y amante del progreso.

Y en este punto, Alcalá no tiene que envidiar á población alguna. Llenos de recuerdos están sus templos, y desde los nombres de sus mártires hasta el modesto de los artífices que han contribuído á levantar las obras, no hay ninguno olvidado; todos figuran en la larga y gloriosa lista que llena los muros

de sus iglesias y de sus más celebrados monumentos.

Un pueblo que vive, digámoslo así, en intimidad con los que representan sus recuerdos de mayor esplendor y grandeza, no puede nunca ser inculto. Ante aquellos sepulcros que encierran los restos de hombres cuya fama no se contuvo en los límites estrechos de la población, sino que se extendió por toda España, y salvando las fronteras llegó á poner muy alto el nombre de la patria; ante aquellos templos y edificios famosos, en cuya arquitectura se refleja toda una época gloriosa, y en cuyo seno se encierran riquezas artísticas de un valor inmenso, envidia de los extraños; allí, recorriendo los desmantelados claustros de la famosa Universidad fundada por el genio de Cisneros, donde parecen vagar las sombras de tanto sabio ilustre, honra de las patrias letras, el hijo de Alcalá tiene por necesidad que sentir en su alma, al par que orgullo legítimo, una emulación benéfica, ó cuando menos un deseo vehementísimo de aparecer digno hijo de un pueblo que llegó á ser uno de los centros más renombrados del saber humano.

La traslación de la Universidad hizo perder á Alcalá el trato con los sabios que la frecuentaban; pero esto, si en algo pudo disminuir la cultura general, no llegó, ni con mucho, á suprimirla. Siguió, por el contrario, conservándola, y así vemos hoy distinguirse esta población de todas las demás de su

importancia y categoría por sus notables rasgos de ilustración y de progreso intelectual.

Los hijos de Alcalá no usan, por lo común, las formas asperas que caracterizan á los habitantes de las poblaciones rurales. Son, por el contrario, de trato afabilísimo, de conversación amena, aficionados á la lectura, aunque no tanto como fuera necesario, amigos del saber, como lo prueba la concurrencia á las escuelas de adultos de las gentes del pueblo y el apoyo que en todas las clases encuentra la propagación de la enseñanza. El número y clase de los establecimientos dedicados á la educación de los niños da una idea de los sacrificios que el pueblo de Alcalá se impone para combatir la ignorancia y el hecho, que no es nuevo, de la tolerancia que impera en las ideas y en las costumbres, implica una cultura de espíritu propia de los pueblos verdaderamente ilustrados.

Así se explica que hasta la expulsión de los judíos, medida impolítica á la que no sin razón se atribuye el principio de nuestra decadencia, Alcalá estuviese poblada por una colonia numerosa de judíos, siendo su *Aljama*, con cuyo nombre se designaban las grandes agrupaciones de judíos, con jurisdicción propia, una de las más importantes de la Península, contándose entre sus individuos muchos y muy distinguidos literatos.

Como elementos de cultura existen en la

actualidad, además de sus centros de enseñanza y de sus monumentos y archivos, un Casino perfectamente montado, con su correspondiente sala de lectura, en la que se encuentran publicaciones de muchas clases.

Los dos cafés que existen en la población son, á la vez, sitios de recreo y de ilustración, pues en ambos se encuentran también periódicos, sin contar con los que reciben directamente muchos vecinos.

También se publican periódicos locales. Actualmente no existe más que uno, titulado *La cuna de Cervantes*; pero en algunas ocasiones se han contado más de dos, no obstante lo difícil que es sostener un periódico en poblaciones de la importancia de Alcalá.

La afición al teatro es mucha, pero sin embargo de esto no cuenta la población con un teatro de capacidad y condiciones. El *sarlón*, que en la actualidad sirve para este objeto, no es lo que corresponde á la importancia y cultura de Alcalá, donde sobran elementos y voluntades para emprender la obra de dotar á la población de un sitio de culto recreo, más capaz y mejor acondicionado que el que hoy tienen.

Algo mayor es la afición á los toros que la que los alcaláinos sienten por el teatro; pero esto no es de extrañar. Poblaciones muy cultas demuestran la misma afición por el llamado espectáculo nacional, fenómeno no bien explicado todavía, pues las condiciones de la

fiesta taurina pugnan, aparentemente al menos, con la cultura de un pueblo.

No es esta ocasión oportuna de disertar sobre este punto, que, por otra parte, se ha discutido hasta la saciedad. Las corridas de toros constituyen, pese á todo, una diversión que tiene adeptos en todas las clases sociales, y no puede censurarse, por tanto, que los alcalalinos sean aficionados á este género de fiestas.

Pero, al menos, procuran despojar á las corridas de toros de esa marca de salvajismo que ofrece en otras localidades. Alcalá celebra la fiesta nacional en una plaza de bastante capacidad, y la lidia se verifica por gentes del arte. Ese espectáculo de la multitud arrojándose en la plaza pública á capear las reses, sin tener nociones de las reglas del toreo; ésos circos improvisados, que no reúnen condiciones de ningún género, y donde con harta frecuencia pagan con la vida su ciega afición muchos infelices, eso no se ve en Alcalá.

En resumen; como espectáculos públicos, el *Salón de Cervantes*, que así se llama el único teatro de la población, y la Plaza de Toros, no llenan, ni pueden llenar, las necesidades de una ciudad tan culta como Alcalá, ni dan la más remota idea de esta cultura. Afortunadamente, no es preciso ahondar mucho para comprender que fuera, aparte de estas manifestaciones externas, existen otras muchas que son testimonios elocuentes de civilización y progreso.

Este concepto de población culta que se tiene de la patria de Cervantes, está mucho más extendido de lo que podría esperarse. Cuantos viajeros ilustres la han visitado, lo atestiguan sin ninguna clase de reservas; y si bien no es fácil vuelvan los tiempos aquellos en que su famosa Universidad enviaba á los ámbitos del mundo sabio los destellos de su grandeza y de su gloria científica, es posible que, modificándose la situación que hoy aflige á España, llegue Alcalá á desarrollar sus gérmenes de ilustración y de cultura, elevándose á la altura de sus antecedentes y de su historia.

A esta noble tarea deben consagrar todos sus esfuerzos el vecindario y las autoridades.

La inercia, esa cualidad característica del pueblo español, que, dejándose arrastrar por un fatalismo absurdo y perjudicial, todo lo deja á la casualidad, ó lo fía á los cuidados del Gobierno, providencia de este país sin ventura, que ya ha debido desengañarse de la ineficacia y de los inconvenientes de la acción gubernamental; esa inercia, repetimos, debe ser vencida por los hijos de Alcalá.

Con un poco de buena voluntad y un mucho de esfuerzo y de patriotismo, se vencen las mayores dificultades, sobre todo si se saben aprovechar las circunstancias. La debilidad ante los obstáculos no es propia de los pueblos viriles, y denota siempre poca



confianza en sí mismos. Alcalá, que tanto y tan bueno ha sabido hacer; que en más de una ocasión ha demostrado en cuánto aprecio tiene su reputación y el bienestar de sus hijos, no puede ser débil.

Si el Ayuntamiento actual, como los que le sucedan, acierta á desarrollar los intereses materiales de Alcalá; si logra encaminar sus disposiciones al engrandecimiento moral y material de la hermosa ciudad que baña el Henares, elevando su cultura y extendiendo los beneficios del trabajo y de la educación todo lo más posible, tengan por seguro que sus nombres serán bendecidos, y llegarán á ocupar un lugar distinguido en el corazón del pueblo alcalalino, que no es, ni ha sido jamás, ingrato con los que han defendido sus intereses.

No les ha de faltar, seguramente, el auxilio del vecindario, ni puede ser obstáculo á su actividad, inteligencia y energía lo difícil de los tiempos: cuanto más haya que luchar, mayor mérito tendrá el triunfo: que las empresas difíciles son las que dan nombre y fama.

Por nuestra parte, sólo podemos desde estas páginas estimular las cualidades de las Autoridades, para que no desmayen ni un solo momento; y hacer fervientes votos por que ese porvenir de bienestar y de progreso que todos deseamos para la patria de Cervantes, se realice cuanto antes, en forma de que los que vayan á Alcalá á admirar los restos

de su pasado esplendor, puedan también apreciar sus grandezas y dichas presentes, debidas á la inteligencia, á la actividad y al trabajo de sus hijos, que de este modo serían dignos continuadores de la obra gloriosa de sus antepasados.

